

EDITORIAL

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3, Volumen X
Tercer Trimestre de 1952*

En el homenaje dedicado a Jorge Álvarez Lleras con motivo de la inauguración de su retrato en el Observatorio Astronómico Nacional. Agosto 20 de 1952.

Discurso por Manuel José Forero, en representación de la Sociedad Geográfica de Colombia.

Dijo el Libertador en palabras que tienen ahora aplicación directa: "Si la lisonja es un veneno mortal para las almas bajas, los elogios debidos al mérito alimentan las almas sublimes".
Dicho

pensamiento constituye una lección de sentido moral que hemos de aprender nosotros y de aplicar con grandeza a la gloria de nuestros hombres.

Jorge Álvarez Lleras sirvió a la ciencia colombiana con afán, pensó en todo momento en la república, se desveló mil veces pensando en su futuro. Es justo que ella le recuerde, que la ciencia le llore y la gratitud le acompañe.

De su acuciosidad han hablado ya ingenieros doctos que le acompañaron en las fatigas cotidianas en el monte y en el valle, en la planicie tostada y en el páramo fatigoso; de sus altos conocimientos en las ciencias matemáticas y en las astronómicas sus pares y discípulos; de su grave precisión y de su pericia en cuanto al juicio de los fenómenos colombianos, enumerados compatriotas que le vieron a lo largo de cuarenta años y le aplaudieron otros tantos.

Porque Jorge Álvarez Lleras fue fiel al estudio de los libros, estos le sirvieron con lealtad; porque fue fiel a la ciencia ella le agasajó con su doctrina; porque llevó cuantioso óbolo al tesoro común

la república le ha enaltecido y glorificado.

No es este un momento propicio para el análisis minucioso de los movimientos de Álvarez Lleras en los múltiples aspectos de la vida intelectual. Dicho trabajo de crítica profunda y noble ha sido ya empezado por quienes le vieron ejercitarse a toda hora en la discusión de las virtudes y de los defectos del pueblo Colombiano; y será continuado y concluido por quienes, en porvenir remoto, habrán de conmoverse ante la vigorosa tenacidad de su pensamiento y la espléndida capacidad de su pluma.

No fue, en verdad, Jorge Álvarez Lleras hombre hábil para guardar con avaricia sus conocimientos en lo más profundo de las arcas del espíritu, ni tuvo encerrados bajo llave el fruto de su pensamiento y la flor de su riquísima cultura. No le vimos nunca azorado para esconder lo que sabía por el temor de que otros de sus conciudadanos se beneficiaran del alimento intelectual acendrado por él en muchos años. Le conocimos, muy al contrario, como varón pródigo, empeñado en publicar cuanto pudiera, en difundir cuanto sabía, como, quien entiende que la generosidad más vasta es la generosidad de las almas, y la riqueza más preclara aquella que se pone en las manos de todos.

Tuvo Álvarez Lleras temperamento de discípulo bueno y de maestro benévolo. Vivió para aprender, más que para otra cosa; y cuando enseñó lo hizo con entusiasmo, con premura, con diligencia. No le bastaba la cátedra ni le bastó la pluma, dada la ferviente vocación que le impulsaba a beneficiar a otros con el insigne beneficio de las letras más cultas; por eso favoreció de modo tan elevado a la Sociedad Geográfica de Colombia, a la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, e individualmente a cuantos se acercaron a la torre de este Observatorio en busca de informaciones de verdad.

Las corporaciones de naturaleza literaria o científica prestan grande servicio a las repúblicas, como asiento y resumen de conocimientos probados y de afanes de investigación cotidiana. Entendió muy bien Jorge Álvarez Lleras la necesidad de que la institución fundada el 20 de agosto de 1903 para aumento y decantación de la geografía colombiana recibiese activo impulso; por tal motivo prestó a la Sociedad Geográfica el apoyo continuo de que la hizo objeto durante muchos años. Y persuadido de la conveniencia de dotar a Colombia de una entidad en donde tuviesen casa propia las ciencias exactas, físicas y naturales, fundó bajo los auspicios del gobierno de la república y con la esencial colaboración de patriotas tan verdaderos como doctos la Academia que es honra del país y decoro de sus investigaciones.

Bajo la techumbre de este lugar de ciencia y de historia que es el Observatorio jamás permaneció inactivo Jorge Álvarez Lleras, ni presencié inactividad de las dos entidades cobijadas por su entusiasta ánimo. Todos le vimos trabajando con esfuerzo durante días y noches, todos le observamos distribuyendo sus haberes mentales con prodigalidad señorial, todos le respetamos, y todos lo seguimos. Le venció un mal día la enfermedad física. Nunca le venció la enfermedad suprema del espíritu.

En las palabras con que le despidieron, no ha mucho, sus colegas de la Universidad Nacional, de la Academia de Ciencias y de la Sociedad Geográfica es palpable la emoción de Colombia. Ella es agradecida con quienes agradecen su virtud maternal. No he de repetir en este momento, con palabras menos diestras, lo que ya dijeron tan excelentes voceros del sentimiento ciudadano.

La iniciativa que tan fácilmente halló acogida en el recinto de la Sociedad Geográfica de Colombia, y con tanta esplendidez fue secundada por la Academia de Ciencias y la Universidad Nacional, culmina hoy. La inauguración del óleo en que la pericia del maestro Miguel Díaz Vargas ha dejado impresa la nobilísima fisonomía de Jorge Álvarez Lleras se cumple en medio del ambiente de veneración y respeto que debe serle propio. Sube de punto el significado espiritual de este homenaje desde que se considere que la fecha del 20 de agosto es la más alta en los anales del Observatorio Astronómico Nacional, y significa —igualmente— la iniciación de la Sociedad Geográfica de Colombia.

Si para la ciencia del Virreinato de la Nueva Granada el 20 de agosto de 1803 fue tan importante, no cabe duda que la República tiene radicado en dicho día uno de sus momentos más afortunados y eficaces. Cuando la vida política de Colombia no había encontrado aún la sede indispensable para su desenvolvimiento, ya el Observatorio Astronómico era asiento de las predilecciones de Mutis y de los afanosos pensamientos de Caldas. Precedió la República científica a la República independiente y libre, como si la Pro videncia hubiese querido declarar su voluntad de que entre nosotros hallasen preeminencia continuada los bienes del espíritu sobre los meramente materiales y tangibles.

Al entregar al celo y señorío del doctor Belisario Ruíz Wilches, Director ejemplarísimo del Observatorio Astronómico Nacional, la representación que en nombre del arte y de la gratitud consagramos en nuestra fecha jubilar, cumplimos con exactitud nuestro deber de ciudadanos. Álvarez Lleras fue heraldo del amor a Colombia, soldado vigilante de sus fronteras científicas, nunca satisfecho —por cierto—, de sus adquisiciones ni contento con sus haberes. Siempre deseaba más para el conjunto del país, siempre apetecía cosas mejores, como si el presente le causara desazón por mirarlo inferior a las

posibilidades del porvenir.

Qué otra cosa han de hacer los colombianos sino glorificar a sus hombres significativos, para tomar en el recuerdo de sus intenciones y hechos aquél poderoso aliento sin cuyo concurso perecerían en la inacción las fuerzas colombianas? Sea esta imagen venerable y amable constante admonición y ejemplo para las entidades que se abrigan bajo este sagrado torreón.

